

## [DE MYSTERIIS.]

### ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE MYSTERIIS, QUE TAMBIÉN SE ATRIBUYE A AMBROSIO.

El autor de esta obra, en su mismo inicio, declara (Cap. 1, num. 2) que se dirige a los recién bautizados y aborda los sacramentos que hasta entonces les eran desconocidos. Era costumbre en tiempos antiguos que los obispos ocultaran con gran esmero estos sublimes misterios a los no iniciados. Estos, mientras pasaban de ser catecúmenos a competentes, eran preparados para el bautismo con frecuentes oraciones, exorcismos y otras ceremonias: se les permitía escuchar sermones, donde principalmente se les enseñaba los rígidos dogmas de la ética cristiana, como claramente enseña este mismo autor (Ibid., num. 1). Sin embargo, los obispos mezclaban en sus discursos disputas contra las falsas e impías doctrinas de los paganos y herejes: tampoco dejaban de incluir el conocimiento de la unidad de la sustancia divina, la Trinidad de las personas adorables y otros temas que solían exponerse a ellos a partir del Símbolo. Pero se abstendían por completo de discutir más profundamente otros sacramentos, y sobre todo la Eucaristía. Eran, además, aquellos buenos candidatos a nuestra religión de tal docilidad mental, que no extendían su curiosidad hacia lo que la Iglesia no quería que les fuera manifiesto, creyendo que no había nada falso ni supersticioso en aquella religión que, sostenida por tantos milagros y prodigios, erigía la adoración de un solo Dios sobre las ruinas de la idolatría que derribaba, y que exigía que las costumbres de sus seguidores se ajustaran a una norma tan severa y conforme a la razón. Estos preceptos de vida aún no bautizados fueron transmitidos por Ambrosio en estas primeras palabras: "Hemos tenido un discurso diario sobre la moral", etc. (Ibid.), donde es casi indudable que se refiera a los libros sobre Abraham y otros que hemos demostrado que pronunció ante los catecúmenos y competentes (Admonit. in hos lib.). Sin embargo, añade que, al dirigirse aquí a aquellos que han sido regenerados por el sagrado bautismo, le corresponde explicarles tanto el mismo sacramento como las ceremonias.

Por lo tanto, primero, después de explicar la apertura de la boca y los oídos (Cap. 1, num. 3), y mencionar la renuncia que se hacía en el baptisterio (Cap. 2, num. 5, 6), trata la bendición de la fuente (Cap. 3, 4, y 5). Allí, para probar que no es la eficacia del agua simple, sino la virtud presente del Espíritu divino la que realiza la regeneración, examina varios símbolos con los que el mismo sacramento fue prefigurado en la ley antigua; de donde también concluye que esa sagrada ablución siempre obtiene el mismo efecto, ya que la bondad o maldad del ministro no contribuye en nada. Luego narra el acceso de aquellos que salían del lavacro vivificante hacia el obispo, de quien, después de la unción de la cabeza y el lavado de los pies (Cap. 6, num. 29 y sig.), eran vestidos con una vestidura blanca (Cap. 7, num. 34 y sig.). Entonces, habiendo explicado el significado de cada ceremonia, expresa con cuánta alegría la madre Iglesia se regocija por la ampliación de su familia, utilizando sentencias del Cantar de los Cantares (Ibid., num. 35 y sig.). Finalmente, después de afirmar que los neófitos, enriquecidos y adornados con los siete dones del Espíritu Santo por la recepción de la Confirmación (Ibid., num. 42), procesaron con solemne pompa desde el baptisterio hasta el altar para ser alimentados allí con el sacramento del cuerpo del Señor, lo explica extensamente (Cap. 8, num. 43). Y no es de extrañar que se detenga mucho más en afirmar esto, ya que es el fin y la consumación de los demás.

Por lo tanto, declara que su intención es demostrar con el mayor esmero (Ibid., num. 44) que este mismo sacramento debe ser preferido a todos los sacramentos de la antigua Sinagoga tanto por su antigüedad como por su excelencia; de los cuales muestra primero que el pan y el vino ofrecidos por Melquisedec a Abraham fueron una figura de la Eucaristía (Ibid., num.

45); y en segundo lugar, demuestra que este misterio supera tanto al maná, que los israelitas no tuvieron nada más santo, cuanto la luz supera a la sombra, la verdad a la figura, el cuerpo del Autor al maná (Cap. 8 y 9), (Cap. 8, num. 49). En verdad, porque los neófitos podrían oponer: "Ve otra cosa, ¿cómo me aseguras que recibo el cuerpo de Cristo?" (Cap. 9, num. 50), se dispone a resolver la objeción. Por eso, para que, rechazando el testimonio de los sentidos corporales, tengan la certeza de que el pan se convierte en el cuerpo del Señor por la bendición sacerdotal, no solo presenta los prodigios más claros que las tablas del antiguo testamento afirman que cambiaron la naturaleza o incluso fueron creados de la nada (Cap. 9, num. 51 y 52); sino que también cita el mayor de todos los milagros, a saber, la encarnación de Cristo (Ibid. num. 53). Luego, como si hubiera disipado por completo toda ocasión de duda, advierte a este inocente rebaño con algunos versículos del Cantar de los Cantares (Ibid., 55 y sig.), que, guardando el secreto del misterio y alimentando a Cristo en sí mismos con diversos frutos de virtudes, alegren a la Iglesia: y que en el futuro nunca duden de su regeneración.

Aquí, además, no podemos evitar hacer algunas observaciones sobre la ocasión de la Eucaristía. El obispo instruye a los neófitos, aún húmedos del bautismo, en el primer conocimiento de los sacramentos que hasta entonces les eran desconocidos. Esa catequesis es simple y completamente ajena a cualquier artificio de amplificación y elocuencia. Por eso, el Autor del lugar propuso demostrar que la Eucaristía es mucho más excelente que el maná, en la medida en que el cuerpo supera a la sombra, la verdad a la figura. Para demostrar esto, repite a menudo que la carne de Cristo, en la que enseña que el pan se convierte por las palabras del Señor, está contenida en el sacramento. Utiliza ejemplos para afirmar esta transformación que son los más prodigiosos de todos. Finalmente, con el mayor esfuerzo, sostiene que no hay lugar para la más mínima duda de que del pan que los sentidos presentes anuncian, no se hace una figura del cuerpo, sino el mismo cuerpo concebido en el vientre de la Virgen y entregado a los últimos suplicios por nosotros. ¿Quién, entonces, negará que nuestro Prelado reconoció aquí una verdadera y sustancial conversión? Y como quiere que esta esté afirmada y establecida con esas palabras del Señor, "Esto es mi cuerpo" (Mat. XXVI, 26), ¿no se entiende claramente que las toma en su sentido simple y propio, no en el figurado? Confesamos, ciertamente, que también utilizó ejemplos de algunos milagros para persuadir que el bautismo tiene el poder de regenerar: pero allí se trata del poder de producir un efecto, no de alguna transformación sustancial; pues en ninguna parte encontrarás que la naturaleza del agua se convierta en Espíritu: al contrario, siempre testifica con palabras tan claras y tan repetidas que permanece incluso después de la bendición; que parece haber prevenido, de algún modo, para que nadie se formara esta opinión en su mente. Además, todos ven cuán diferente es en este lugar la causa del católico y del heterodoxo. En efecto, cualquier sacerdote nuestro alabará y seguirá con mucho gusto el método Ambrosiano de instruir a los ignorantes en el conocimiento de este misterio: pero, ¿quién de los ministros sectarios no considerará que debe sostener una opinión completamente contraria? Añadimos también que en esta obra se proporcionan fundamentos expresos y positivos, como los llaman, para establecer el dogma ortodoxo; aunque Albertino Carentoniano, antiguo ministro, no extrae de aquí ningún argumento para probar su opinión; sino que solo se propone objeciones (Lib. II de Sacrament. cap. 2), a las que responde con cosas completamente fútiles y vanas. Sin embargo, debe quedar claro para los evaluadores justos que de esta obra, donde Ambrosio instruye familiarmente a los nuevos cristianos en los primeros preceptos, se debe aprender cuál fue su opinión sobre la Eucaristía, más que de otros libros suyos; ya que en estos, por precaución ante los infieles y catecúmenos que lo escuchaban mezclados con los bautizados, hablaba más oscuramente.

Quienes han mencionado esta escritura, con gran consenso siempre la han atribuido a Ambrosio: pero finalmente, en el siglo pasado, surgieron algunos heterodoxos que pensaron que el santo Doctor debía ser despojado de una posesión tan prolongada. Encontramos, por ejemplo, cartas de Henr. Bullinger a Joach. Vadian, fechadas en San Galo el 7 de julio de 1535, en las que, abarcando este libro junto con los siguientes sobre los Sacramentos, indica que siente lo mismo sobre ambas obras, a saber, que estos estúpidos no son en absoluto la producción de un autor excelente y de juicio muy refinado. Ofrece tres razones para esto: la diferencia de estilo, la variada manera de exponer la Eucaristía aquí y en los libros reconocidos de Ambrosio, y el tratamiento de los temas más frío de lo que correspondería al agudo y diligente Ambrosio. Añade que Erasmo, aunque lo disimuló y ocultó su juicio para no parecer seguir la opinión de ellos sobre los sacramentos, al haber relegado estos libros al último tomo de la edición Ambrosiana, no duda de que él sintió que era la obra de algún mercader. Como si Erasmo hubiera compuesto su cuarto tomo solo con obras apócrifas. Pero como el juicio de Erasmo es mera conjetura, debe ser más bien desechado que refutado. A las tres razones mencionadas responderemos con una sola palabra: que es una catequesis, y por lo tanto debía ser editada con su propio carácter, es decir, de manera simple, clara y sin adornos: mientras tanto, Bullinger no parece ser un censor muy adecuado de los escritos Ambrosianos, ya que, mientras expulsa con tan leves motivos una legítima producción, admite los comentarios sobre las epístolas de Pablo como indudables.

Quien publicó la Censura de Robert Coci en Helmetstadii (Año 1655), también eliminó esta obra del catálogo Ambrosiano, en lo cual también fue seguido por Dallaeus en su libro sobre la Confirmación. La primera razón que da para su juicio es esta: "El autor afirma", dice él, "que la Escritura testifica que a las oraciones de Hierobaal descendió fuego del cielo. Pero nada de esto se lee en la Escritura sobre Hierobaal. Pero, ¿quién no ve que aquí no se significa otra cosa que lo que se narra en el capítulo VI del libro de los Jueces, que Gedeón suplicó al ángel que le permitiera ofrecer un sacrificio: al consentir este, cuando vertió el caldo sobre los panes ácimos y las carnes cocidas, el ángel tocó con la vara y divinamente salió fuego de la roca sobre la que estaban colocados. Por lo tanto, debe decirse que lo que se menciona más extensamente en la Escritura, Ambrosio lo refiere de manera más concisa. También pudo haber sucedido que encontró esta historia narrada de manera algo diferente en sus códices que en los nuestros: lo cual también le ocurrió en otras ocasiones, especialmente en el último capítulo del libro sobre Nabuthe, como hemos observado. Y esto ciertamente no parecerá extraño a quien advierta que antiguamente había tanta diversidad de códices del Antiguo Testamento, que tantas Iglesias, tantos ejemplares diferentes se llevaban, como Jerónimo atestigua en sus Prólogos. Casi lo mismo dice San Agustín en De Doct. Christ. lib. II, cap, 11.

La segunda razón para la eliminación es esta: "Porque este autor", añade el mismo, "expone las palabras del Paralítico: No tengo hombre, como si por hombre el Paralítico entendiera a Cristo mediador, es algo muy trivial" (Juan V, 7). Pero es muy trivial quien así argumenta. En verdad, o no entiende, o finge no entender que en el mismo lugar el santo Prelado está mostrando que en la piscina había una figura del bautismo, en el hombre que bajaba al enfermo un tipo de Cristo mismo, y en el enfermo finalmente un símbolo del hombre pecador; y por lo tanto aquí el paralítico debe ser entendido mística o, como diría nuestro santo, inteligiblemente. ¿Qué hay más congruente con el modo Ambrosiano de exponer la Escritura?

La tercera objeción se expresa así: "Porque en estos libros dice que los pecados propios, es decir, actuales, se perdonan por el bautismo: pero los hereditarios, es decir, originales, por el lavado de los pies, ciertamente es herético. No concuerda con la Teología y la doctrina de la

Iglesia, según Maldonado. Y este argumento fue considerado tan fuerte e ineludible por Dallaeus (Lib. III, de Confirm., cap. 8), que, habiendo señalado otras objeciones casi con el dedo, quiso añadir su propio testimonio. Pues habiendo sostenido que el autor de esta obra y de los libros sobre los Sacramentos había filosofado de manera inconveniente y absurda sobre el lavado de los pies, después de citar los lugares en cuestión, añade: "Ambos sueños, que son o completamente o casi lo mismo, son ineptos y deshonorosos para el bautismo instituido por Cristo, lo que demuestra suficientemente que el autor de ninguno de los dos opúsculos es Ambrosio". Es una acusación grave, no lo negamos. Pero esta inconveniencia y absurdo les ocurrió a los mismos acusadores, ya que lo mismo a lo que estos críticos tan severamente marcan con una theta negra, no solo se encuentra en otras obras de Ambrosio no controvertidas, sino también en las perdidas, cuyos lugares se encuentran en su fiel discípulo Agustín en sus disputas contra los Pelagianos, donde nunca habría propuesto impunemente un dogma dudoso, y mucho menos herético. Si estos escritores hubieran considerado esto, no se habrían levantado con tanto ánimo contra una opinión defendida por tantos doctores y también por la autoridad de la antigua Iglesia. Pero como no entendieron correctamente las palabras "pecados hereditarios", que no significan otra cosa que la concupiscencia o, como él mismo dice, "la inclinación al pecado", fueron llevados al error, lo demostraremos en ese lugar (Cap. 6, num. 32).

La última razón del editor Cociano es tan fútil que apenas merece ser mencionada por nosotros; pues dice que "en el bautismo deben expresarse las tres personas divinas", lo cual este autor dice, y que esto contradice lo que se afirma en los libros sobre el Espíritu Santo, que para el Bautismo "la invocación de una sola persona divina es suficiente". Pero si se admitiera esta consecuencia, todos los libros en los que se enseña que deben invocarse las tres personas divinas en el bautismo deberían ser despojados de Ambrosio: lo cual ni siquiera los adversarios se atreverían a afirmar. Pero, ¿qué contradicción hay si alguien, hablando de la común manera de administrar este sacramento, dice que deben invocarse las tres personas divinas; y el mismo, al discutir si el bautismo conferido alguna vez bajo la invocación de una sola persona debe considerarse válido, sostiene la opinión afirmativa? Pero trataremos de esto en su lugar. Mientras tanto, que se avergüencen aquellos que, con tan leves motivos, despojan a una buena escritura y digna de Ambrosio de su legítimo autor, y eso no solo contra todos los manuscritos, sino también contra los testimonios de tantos y tan grandes hombres, tanto católicos como sectarios, tanto antiguos como recientes, que si no quieren ser persuadidos por su autoridad, al menos pueden ser abrumados por su multitud. No dudamos que esto lo han percibido muchos escritores de gran renombre en la comunión calvinista (Blondel., Falcar., Albert., etc.); ya que, habiendo ignorado la censura de unos pocos de los suyos, no retiraron su apoyo a la verdad.

Por lo tanto, ya que nada despoja a Ambrosio de la posesión de este libro, ahora debemos preguntarnos en qué año se le atribuye. En el mismo inicio de la obra, el santo Prelado parece insinuar su tiempo; pues aquí (Cap. 1, num. 1) dice que ha tenido un discurso diario sobre la moral al exponer las gestas de los patriarcas: donde es ciertamente muy probable que se refiera a los libros sobre Abraham, Isaac y Jacob, y otros que hemos indicado que pronunció en varios años (In Admonit.). Sin embargo, como es creíble que solo se refiera a los principales, no creemos que estas palabras puedan referirse más correctamente a otros que a los mencionados; por lo tanto, hemos considerado que este opúsculo debe asignarse aproximadamente al año 387.

Además, el título de la misma se encuentra de diferentes maneras en otros lugares. Se lee en Amerbach, "De mysteriis initiandis"; en Erasmo y Gillot, "De iis qui mysteriis initiantur"; en la edición romana, "De Initiandis"; en muchos manuscritos, "De mysteriis sive Initiandis"; es

decir, en la primera cognición de los mismos misterios; pues de lo contrario debería escribirse "de Initiatis"; finalmente, en los más antiguos se titulan "De divinis Mysteriis", o simplemente, "De Mysteriis": a los cuales seguimos.

## LIBRO ÚNICO DE LOS MISTERIOS DEL SANTO AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN. (C)

### CAPÍTULO PRIMERO.

Promete que, después de los tratados que el Santo había tenido sobre la moral, expondrá los misterios. Luego, habiendo declarado por qué no los había revelado antes, aborda la apertura mística, que demuestra haber sido celebrada por el mismo Cristo en otro tiempo.

1. Hemos tenido un discurso diario sobre la moral, ya sea al leer las gestas de los Patriarcas o los preceptos de los Proverbios; para que, informados e instruidos por estos, os acostumbrarais a seguir los caminos de los mayores, a recorrer su camino y a obedecer los oráculos divinos: para que, renovados por el bautismo, mantuvierais el uso de esa vida que conviene a los purificados.
2. Ahora el tiempo nos advierte que hablemos de los misterios y expongamos la misma razón de los sacramentos: lo cual, si hubiéramos pensado que debía insinuarse antes del bautismo a los no iniciados, se nos habría considerado más como traidores que como expositores. Además, porque la luz de los misterios se infunde mejor por sí misma en los desprevenidos, que si algún discurso la hubiera precedido.
3. Abran, pues, los oídos, y capten el buen aroma de la vida eterna inhalado en ustedes por el don de los sacramentos: lo que les significamos, cuando celebrando el misterio de la apertura decíamos: "Epheta", que es abrir (Marc. VII, 34); para que cada uno que venga a la gracia sepa qué se le pregunta, y recuerde qué debe responder.
4. Este misterio lo celebró Cristo en el Evangelio (Ibid.), como leemos, cuando curó al mudo y al sordo. Pero él tocó la boca; porque curaba tanto al mudo como al hombre: en uno, para abrir su boca al sonido de la voz infundida; en el otro, porque ese toque convenía al hombre, no a la mujer.

### CAPÍTULO II.

¿Qué prometieron los iniciados al ingresar a la Iglesia, ante qué testigos, y por qué se volvieron hacia el oriente?

5. Después de esto, se te abrieron los santos de los santos, entraste en el santuario de la regeneración: repite qué se te preguntó, reconoce qué respondiste. Renunciaste al diablo y a sus obras, al mundo y a su lujuria y placeres. Tu voz está registrada, no en la tumba de los muertos, sino en el libro de los vivos.
6. Allí viste al levita, viste al sacerdote, viste al sumo sacerdote. No consideres las figuras de los cuerpos, sino la gracia de los misterios. Hablaste en presencia de los ángeles, como está escrito: "Porque los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca buscan la ley; porque es el ángel del Señor todopoderoso" (Malac. II, 7). No es para engañar, no es para negar: es un ángel quien anuncia el reino de Cristo y la vida eterna. No debe ser juzgado por su apariencia, sino por su oficio. Considera qué ha entregado, evalúa su uso, y reconoce su estado.

7. Entraste, pues, para ver a tu adversario, a quien pensaste que debías renunciar en su presencia: te volviste hacia el oriente; porque quien renuncia al diablo, se convierte a Cristo, lo contempla con mirada directa.

### CAPÍTULO III.

En el agua y en los ministros sagrados se debe considerar la presencia y operación de la divinidad, como se enseña a través de varias figuras en las que el bautismo ha sido preanunciado desde la creación del mundo y posteriormente. 8. ¿Qué has visto? Aguas, ciertamente, pero no solas: allí están los ministros levitas, el sumo sacerdote interrogando y consagrando. Primero de todo, el Apóstol te enseñó que no debemos contemplar lo que se ve, sino lo que no se ve, porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno (II Cor. IV, 18). Pues también en otro lugar tienes: Porque las cosas invisibles de Dios, desde la creación del mundo, se comprenden por medio de las cosas hechas: su eterna virtud y divinidad se estiman por sus obras (Rom. I, 20). Por eso el mismo Señor dice: Si no me creéis a mí, creed al menos a las obras (Juan X, 38). Cree, por tanto, que allí está presente la divinidad. ¿Crees en la operación, pero no en la presencia? ¿De dónde seguiría la operación, si no precediera la presencia?

9. Considera, además, cuán antiguo es el misterio, prefigurado en el mismo origen del mundo. En el principio mismo, cuando Dios hizo el cielo y la tierra, el Espíritu, dice, se movía sobre las aguas (Gén. I, 2). ¿El que se movía sobre las aguas, no operaba sobre las aguas? Pero, ¿qué digo operaba? Lo que respecta a la presencia, se movía. ¿No operaba el que se movía? Reconoce que operaba en aquella obra del mundo, cuando el Profeta te dice: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el Espíritu de su boca toda su virtud (Sal. XXXII, 6). Ambos están apoyados por el testimonio profético, tanto que se movía como que operaba. Que se movía, lo dice Moisés; que operaba, lo testifica David.

10. Recibe otro testimonio. Toda carne estaba corrompida por sus iniquidades. No permanecerá, dice Dios, mi Espíritu en los hombres, porque son carne (Gén. VI, 3). Con esto Dios muestra que por la inmundicia carnal y la mancha más grave del pecado, la gracia espiritual se aparta. Por eso, queriendo Dios reparar lo que faltaba, hizo el diluvio, y ordenó al justo Noé subir al arca (Gén. VII, 1 y ss.). Cuando, al retirarse el diluvio, soltó primero un cuervo, que no regresó; soltó una paloma, que se lee que regresó con un ramo de olivo (Gén. VIII, 7, 8). Ves el agua, ves la madera, miras la paloma, ¿y dudas del misterio?

11. El agua es, por tanto, donde la carne se sumerge, para que todo pecado carnal sea lavado. Allí se sepulta toda maldad. La madera es en la que fue clavado el Señor Jesús, cuando sufrió por nosotros. La paloma es en cuya forma descendió el Espíritu Santo, como aprendiste en el Nuevo Testamento (Mat. III, 16), quien te inspira paz del alma, tranquilidad de mente. El cuervo es figura del pecado, que sale y no regresa; si en ti también se guarda la custodia y forma del justo.

12. También hay un tercer testimonio, como te enseña el Apóstol: Porque todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar (I Cor. X, 1, 2). Finalmente, el mismo Moisés dice en el Cántico: Enviaste tu Espíritu, y el mar los cubrió (Éx. XV, 10). Observas que en aquel paso de los hebreos ya entonces precedió la figura del sagrado bautismo, en el cual el egipcio pereció y el

hebreo escapó. ¿Qué otra cosa se nos enseña diariamente en este sacramento, sino que la culpa se sumerge y el error se borra: pero la piedad y la inocencia permanecen seguras?

13. Oyes que nuestros padres estuvieron bajo la nube, y una buena nube, que refrescó los incendios de las pasiones carnales. Buena nube cubre a quienes el Espíritu Santo visita. Finalmente, vino sobre la Virgen María, y la virtud del Altísimo la cubrió (Luc. I, 75); cuando dio a luz la redención al género humano. Y aquel milagro fue hecho por Moisés en figura (Éx. XIV, 21 y ss.). Si, por tanto, el Espíritu estuvo presente en figura, ¿no está presente en verdad, cuando la Escritura te dice: Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I, 17)?

14. Merrha era una fuente muy amarga: Moisés arrojó en ella un madero, y se hizo dulce (Éx. XV, 23 y ss.). Porque el agua sin la predicación de la cruz del Señor no será de ningún uso para la salvación futura: pero cuando haya sido consagrada por el misterio de la cruz salvadora, entonces se temple para el uso del baño espiritual y del cáliz salvador. Así como Moisés arrojó el madero en aquella fuente, esto es, el profeta; así también el sacerdote arroja la predicación de la cruz del Señor en esta fuente, y el agua se hace dulce para la gracia.

15. No creas, por tanto, solo a los ojos de tu cuerpo: más se ve lo que no se ve; porque esto es temporal, aquello eterno se contempla, lo que no se comprende con los ojos, pero se discierne con el alma y la mente.

16. Finalmente, que te enseñe la lectura de los Reyes. (IV Reg. V, 1 y ss.). Naamán era sirio, y tenía lepra, y no podía ser limpiado por nadie. Entonces dijo una muchacha de las cautivas, que había un profeta en Israel, que podía limpiarlo de la lepra. Tomando, dice, oro y plata, fue al rey de Israel. Quien, al conocer la causa de su llegada, rasgó sus vestiduras, diciendo que era más bien tentado, ya que se le pedían cosas que no eran de potestad real: pero Eliseo informó al rey que enviara al sirio a él, para que conociera que había Dios en Israel. Y cuando llegó, le mandó que se sumergiera siete veces en el río Jordán.

17. Entonces él comenzó a pensar que tenía mejores aguas en su patria, en las que se había sumergido muchas veces, y nunca había sido limpiado de la lepra; y por eso, al ser llamado de nuevo, no obedecía las órdenes del profeta: pero, por la advertencia y persuasión de sus siervos, accedió y se sumergió. Y al instante, al ser limpiado, entendió que no es de las aguas que uno es limpiado, sino de la gracia.

18. Reconoce ahora quién es aquella joven de las cautivas, a saber, la congregación de las naciones, es decir, la Iglesia del Señor, antes oprimida por la cautividad del pecado, cuando aún no tenía la libertad de la gracia; por cuyo consejo aquel pueblo vano de las naciones escuchó la palabra profética, de la que antes dudó mucho; pero después, cuando creyó que debía ejecutarse, fue limpiado de toda contaminación de vicios. Y él ciertamente dudó, antes de ser sanado: tú ya has sido sanado, y por eso no debes dudar.

#### CAPÍTULO IV.

Que el agua no limpia sin el Espíritu, se declara por el testimonio de Juan y por las mismas palabras de aquellos a quienes se administra el mismo sacramento. Lo que también se afirma que está significado por la piscina evangélica, y el paralítico sanado allí por el Señor: en cuyo lugar se muestra que el Espíritu Santo verdaderamente descendió en el bautismo de Cristo, y qué debe entenderse en este misterio.

19. Por eso se te ha dicho antes, para que no creyeras solo en lo que veías; no sea que también tú dijeras: ¿Es este el gran misterio; que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9)? Veo las aguas, que veía todos los días: ¿estas me han de limpiar, en las que a menudo he descendido, y nunca he sido limpiado? De aquí reconoce que el agua no limpia sin el Espíritu.

20. Por eso has leído que tres son los que dan testimonio en el bautismo, el agua, la sangre y el Espíritu (I Juan V, 7); porque si quitas uno de estos, no se sostiene el sacramento del bautismo. ¿Qué es el agua sin la cruz de Cristo? Un elemento común, sin ningún efecto sacramental. Ni tampoco sin agua, es el misterio de la regeneración: Porque si uno no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5). Pero también el catecúmeno cree en la cruz del Señor Jesús, con la que él mismo es signado: pero si no es bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, no puede recibir la remisión de los pecados, ni obtener el don de la gracia espiritual.

21. Por tanto, aquel sirio se sumergió siete veces en la Ley: tú, sin embargo, has sido bautizado en el nombre de la Trinidad, has confesado al Padre, recuerda lo que has hecho; has confesado al Hijo, has confesado al Espíritu Santo. Mantén el orden de las cosas en esta fe; has muerto al mundo, y has resucitado para Dios. Y como en aquel elemento del mundo, sepultado con el pecado, has resucitado para la vida eterna. Cree, por tanto, que las aguas no están vacías.

22. Por eso se te ha dicho: Porque el ángel del Señor descendía según el tiempo en la piscina, y se movía el agua; y el que primero descendía a la piscina después de la agitación del agua, era sanado de cualquier enfermedad que tuviera (Juan V, 4). Esta piscina estaba en Jerusalén, en la que uno al año era sanado: pero nadie era sanado antes de que descendiera el ángel. Para que fuera un indicio de que había descendido el ángel, el agua se movía para los incrédulos. Para ellos un signo, para ti fe: para ellos descendía el ángel, para ti el Espíritu Santo: para ellos la criatura se movía, para ti Cristo mismo, el Señor de la criatura, opera.

23. Entonces uno era curado, ahora todos son sanados: o ciertamente un solo pueblo cristiano; porque en algunos hay también agua engañosa (Jer. XV, 18). No sana el bautismo de los infieles (I, q. 1, c. Non sanat), no limpia, sino que contamina. El judío bautiza jarras y copas (Mar. VII, 4), como si las cosas insensibles pudieran recibir culpa o gracia. Tú bautiza este tu cáliz sensible, en el que tus buenas obras brillen, en el que el esplendor de tu gracia resplandezca. Por tanto, también aquella piscina en figura; para que creas que en esta fuente desciende la virtud divina.

24. Finalmente, aquel paralítico esperaba al hombre (Juan V, 7). ¿A quién, sino al Señor Jesús nacido de la Virgen: cuya venida no ya la sombra sanara a los individuos, sino la verdad a todos? Este es, por tanto, el que se esperaba que descendiera, de quien Dios Padre dijo a Juan el Bautista: Sobre quien veas al Espíritu descender del cielo, y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo (Juan I, 33). De quien testificó Juan diciendo: Porque vi al Espíritu descender del cielo como paloma y permanecer sobre él (Ibid., 32). ¿Y por qué el Espíritu descendió como paloma, sino para que tú vieras, para que tú reconocieras que aquella paloma que el justo Noé envió desde el arca, era la figura de esta paloma, para que reconocieras el tipo del sacramento (Gén., VIII, 8)?

25. Y tal vez digas: Si aquella fue una verdadera paloma que fue enviada, aquí descendió como paloma: ¿cómo decimos que allí fue la figura, aquí la verdad; cuando según los griegos está escrito que el Espíritu descendió en la figura de una paloma (Luc. III, 12)? Pero ¿qué es

tan verdadero como la divinidad que permanece siempre? La criatura no puede ser la verdad, sino la figura, que fácilmente se disuelve y cambia. Al mismo tiempo, porque de los que son bautizados, no debe ser en figura, sino verdadera simplicidad. Por eso el Señor dice: Sed astutos como serpientes, y sencillos como palomas (Mat. X, 16). Con razón, por tanto, descendió como paloma, para advertirnos que debemos tener la simplicidad de la paloma. Pero leemos que la figura también debe tomarse por la verdad, tanto de Cristo: Y en figura fue hallado como hombre (Fil. II, 7); como de Dios Padre: Ni su figura habéis visto (Juan V, 37).

## CAPÍTULO V.

Se confirma que Cristo está presente en el bautismo, y por tanto no se deben considerar sus ministros. Finalmente, se examina brevemente la confesión de la Trinidad que suelen emitir los bautizados.

26. ¿Hay algo más de lo que debas dudar, cuando claramente te clama en el Evangelio el Padre, que dice: Este es mi Hijo en quien me complazco (Mat. III, 17); clama el Hijo, sobre quien el Espíritu Santo se mostró como paloma; clama también el Espíritu Santo, que descendió como paloma; clama David: La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la majestad tronó: el Señor sobre muchas aguas (Sal. XXVIII, 3); Cuando la Escritura te testimonia que a las oraciones de Jerobaal descendió fuego del cielo (Jue. VI, 21), y de nuevo, al orar Elías, fue enviado fuego que consagró el sacrificio (III Reg. XVIII, 38)?

27. No consideres los méritos de las personas, sino los oficios de los sacerdotes. Y si consideras los méritos; considera a Elías, también considera los méritos de Pedro, o de Pablo, quienes recibieron este misterio del Señor Jesús y nos lo transmitieron. A ellos se les enviaba fuego visible, para que creyeran: a nosotros opera invisible, que creemos: a ellos para figura, a nosotros para advertencia. Cree, por tanto, que el Señor Jesús está presente invocado por las oraciones de los sacerdotes, quien dice: Donde estén dos o tres, allí estoy yo (Mat. XVIII, 20); cuánto más donde está la Iglesia, donde están sus misterios, allí se digna impartir su presencia.

28. Descendiste, por tanto; recuerda lo que respondiste, que crees en el Padre, crees en el Hijo, crees en el Espíritu Santo. No tienes allí: Creo en el mayor y el menor y el último: sino que con la misma cautela de tu voz te ves obligado a creer de igual manera en el Hijo, como crees en el Padre: de igual manera en el Espíritu Santo, como crees en el Hijo; con la única excepción de que confiesas que debes creer en la cruz solo del Señor Jesús.

## CAPÍTULO VI.

Por qué se hace la unción en la cabeza a los que salen del bautismo: por qué también el lavado de los pies después del bautismo; qué pecados se perdonan en ambos.

29. Después de esto ciertamente subiste al sacerdote: considera lo que siguió. ¿No es aquello que dice David: Como el unguento en la cabeza, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón (Sal. CXXXII, 2)? Este es el unguento, del que también Salomón dice: Unguento derramado es tu nombre, por eso las doncellas te amaron, y te atrajeron (Cant. I, 2). ¡Cuántas almas renovadas hoy te amaron, Señor Jesús, diciendo: Atráenos tras de ti, en el olor de tus vestiduras corremos (Ibid., 3), para que absorbieran el olor de la resurrección!

30. Entiende por qué se hace esto, porque los ojos del sabio están en su cabeza (Ecl. II, 14). Por eso desciende sobre la barba, es decir, en la gracia de la juventud; por eso sobre la barba

de Aarón, para que seas un linaje escogido, sacerdotal, precioso; porque todos somos ungidos en el reino de Dios y en el sacerdocio con gracia espiritual.

31. Subiste del agua, recuerda la lectura evangélica. Pues nuestro Señor Jesús en el Evangelio lavó los pies a sus discípulos. Cuando llegó a Simón Pedro, dijo Pedro: No me lavarás los pies jamás (Juan XIII, 8); no advirtió el misterio, y por eso rechazó el ministerio; creyendo que se agravaría la humildad del siervo, si pacientemente admitiera el servicio del señor. A lo que respondió el Señor: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo. Al oír esto, Pedro: Señor, no solo los pies, dijo, sino también las manos y la cabeza. Respondió el Señor: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies; pero está todo limpio (Ibid., 9).

32. Pedro estaba limpio, pero debía lavar la planta; pues tenía el pecado del primer hombre por sucesión: cuando la serpiente lo suplantó, y le persuadió al error (Gén. III, 6). Por eso se lava su planta, para que se quiten los pecados hereditarios; porque nuestros propios pecados se relajan por el bautismo.

33. Al mismo tiempo, reconoce que el misterio consiste en el mismo ministerio de humildad; pues dice: Si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies; cuánto más debéis lavaros los pies unos a otros (Juan XIII, 14)! Pues si el mismo autor de la salvación nos redimió por la obediencia; cuánto más nosotros, sus siervos, debemos exhibir el servicio de la humildad y la obediencia.

## CAPÍTULO VII.

Se indica con las vestiduras blancas la ablución de los pecados: por cuya obra la Iglesia se dice negra y hermosa. Los ángeles se maravillaron de su resplandor como de la carne del Señor; incluso Cristo mismo bajo varias figuras elogió la forma de su Esposa: se describen sus mutuos afectos.

34. Recibiste después de esto vestiduras blancas (De Consec. dist. 4, c. Accepsti), para que fuera indicio de que te despojaste del envoltorio de los pecados, te vestiste con los castos velos de la inocencia, de los cuales dijo el Profeta: Me rociarás con hisopo, y seré limpio: me lavarás, y seré más blanco que la nieve (Sal. L, 9). Porque el que es bautizado, tanto según la Ley como según el Evangelio, parece estar limpio: según la Ley, porque con un manojo de hisopo Moisés rociaba la sangre del cordero (Éx. XII, 22): según el Evangelio, porque las vestiduras de Cristo eran blancas como la nieve, cuando en el Evangelio mostraba la gloria de su resurrección (Mat. XVII, 2). Por tanto, se blanquea más que la nieve, a quien se le perdona la culpa. Por eso también el Señor dice por Isaías: Si vuestros pecados fueran como el carmesí, los haré blancos como la nieve (Isa. I, 18).

35. Teniendo estas vestiduras la Iglesia, asumidas por el baño de la regeneración, dice en los Cantares: Soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén (Cant. I, 4). Negra por la fragilidad de la condición humana, hermosa por la gracia: negra, porque es de pecadores; hermosa por el sacramento de la fe. Viendo estas vestiduras las hijas de Jerusalén, asombradas dicen: ¿Quién es esta que sube blanqueada (Cant. VIII, 5)? ¡Esta era negra, de dónde ahora de repente blanqueada!

36. También los ángeles dudaron cuando resucitó Cristo, dudaron las Potestades de los cielos viendo que la carne ascendía al cielo. Finalmente, decían: ¿Quién es este Rey de gloria? Y cuando otros decían: Levantad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria; otros dudaban diciendo: ¿Quién es este Rey de gloria (Sal. XXIII, 8,

9)? También en Isaías tienes a las virtudes celestiales dudando, diciendo: ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras rojas de Bosra, hermoso en su vestido blanco (Isa. LXIII, 1)?

37. Cristo, al ver a su Iglesia vestida de blanco, por la cual Él, como se menciona en el libro del profeta Zacarías (Zac. III, 3), había tomado vestiduras sucias, o al ver el alma limpia y purificada por el baño de la regeneración, dice: "He aquí que eres hermosa, mi amada, he aquí que eres hermosa, tus ojos son como palomas" (Cant. IV, 1); en cuya forma el Espíritu Santo descendió del cielo (Luc. III, 22). Hermosos ojos como palomas, porque en su forma el Espíritu Santo descendió del cielo.

38. Y más adelante: "Tus dientes son como rebaños de ovejas esquiladas que suben del baño, todas ellas tienen gemelos, y no hay estéril entre ellas; tus labios son como un hilo de escarlata" (Cant. IV, 2, 3). No es esta una alabanza mediocre. Primero, por la dulce comparación con las ovejas esquiladas; pues sabemos que las cabras pueden pastar en lugares altos sin peligro y alimentarse seguras en precipicios: luego, cuando son esquiladas, se liberan de lo superfluo. A este rebaño se compara la Iglesia, que tiene en sí muchas virtudes de almas, que a través del baño dejan atrás los pecados superfluos, que llevan a Cristo la fe mística y la gracia moral, que hablan de la cruz del Señor Jesús.

39. En ellas la Iglesia es hermosa. Por eso el Verbo de Dios le dice: "Toda hermosa eres, mi amada; y no hay reproche en ti", porque la culpa ha sido sumergida. Ven aquí desde el Líbano, Esposa, ven aquí desde el Líbano: pasarás y atravesarás desde el principio de la fe (Ibid., 7, 8); porque renunciando al mundo ha pasado el siglo, ha pasado a Cristo. Y de nuevo Dios Verbo le dice: "¿Qué hermosa y dulce te has vuelto, caridad, en tus delicias? Tu estatura se ha hecho semejante a la de una palmera, y tus pechos a racimos" (Cant. VII, 6, 7).

40. A lo cual responde la Iglesia: "¿Quién te dará, hermano mío, que mames los pechos de mi madre? Al encontrarte afuera, te besaré: y ciertamente no me despreciarán. Te tomaré y te llevaré a la casa de mi madre, y al secreto de la que me concibió. Me enseñarás" (Cant. VIII, 1, 2). ¿Ves cómo, deleitada por el don de las gracias, desea llegar a los misterios interiores y consagrar todos sus sentidos a Cristo? Aún busca, aún despierta la caridad, y pide que le sea despertada por las hijas de Jerusalén, cuya gracia, es decir, de las almas fieles, desea que el Esposo sea provocado a un amor más abundante por ella.

41. Por eso el Señor Jesús, también invitado por tan gran deseo de caridad, por la belleza del decoro y la gracia; porque ya no hay pecados que manchen en los lavados, dice a la Iglesia: "Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo" (Ibid., 6); esto es, eres hermosa, mi amada, toda hermosa eres, nada te falta. Ponme como un sello en tu corazón; para que tu fe brille con pleno sacramento. Que también tus obras resplandezcan, y lleven la imagen de Dios, a cuya imagen fuiste hecha. Que tu caridad no sea disminuida por ninguna persecución, que muchas aguas no puedan apagar, ni los ríos anegar (Ibid. 7).

42. Por eso repite que has recibido el sello espiritual, el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de conocimiento y piedad, el espíritu de santo temor (Isa. XI, 2): y guarda lo que has recibido. Dios Padre te ha sellado, Cristo Señor te ha confirmado; y ha dado la prenda del Espíritu en tus corazones, como has aprendido en la lectura apostólica (II Cor. V, 2).

## CAPÍTULO VIII.

Sobre el místico banquete del altar del Señor: se muestra que es más antiguo que los ritos de la Sinagoga; ya que fue expresado en el sacrificio de Melquisedec: y mucho más excelente que el maná, ya que es el cuerpo de Cristo; y se establece una comparación muy elegante entre ambos.

43. Este pueblo, enriquecido con estos signos, se dirige al altar de Cristo, diciendo: "Y entraré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud" (Sal. XLII, 4); pues, despojándose de las vestiduras del error envejecido, renovado en la juventud del águila, se apresura a acudir a aquel banquete celestial. Viene, pues, y viendo el altar sagrado dispuesto, exclama diciendo: "Preparaste ante mí una mesa". David introduce a esta que habla diciendo: "El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugares de pastos me ha colocado. Sobre agua de reposo me ha conducido" (Sal. XXII, 1, 2). Y más adelante: "Aunque camine en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno; porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me han consolado. Preparaste ante mí una mesa 337 contra los que me afligen. Ungiste con aceite mi cabeza, y mi copa rebosante, ¡cuán gloriosa es!

44. Consideremos ahora, no sea que alguien viendo lo visible (pues lo que es invisible no se ve, ni puede ser comprendido por los ojos humanos) diga tal vez: Dios hizo llover maná a los judíos, hizo llover codornices (Éxodo XVI, 13): pero a la Iglesia, a esa amada, estas son las cosas que ha preparado; de las cuales se ha dicho: "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor. II, 9). Por tanto, para que nadie diga esto, queremos demostrar con el mayor empeño que los sacramentos de la Iglesia son más antiguos que los de la Sinagoga, y más excelentes que el maná.

45. La lectura del Génesis que se ha recorrido enseña que son más antiguos (Gén. XIV, 18); pues la Sinagoga tomó su inicio de la ley de Moisés (Éxodo XXXIV, 1 y ss.): pero Abraham es mucho anterior, quien habiendo vencido a los enemigos y recuperado a su propio sobrino, cuando obtuvo la victoria; entonces Melquisedec le salió al encuentro, y le ofreció lo que Abraham veneró y aceptó. No fue Abraham quien ofreció, sino Melquisedec; quien es presentado sin padre, sin madre, sin principio de días, ni fin, semejante al Hijo de Dios: de quien Pablo dice a los Hebreos: "Porque permanece sacerdote para siempre" (Heb. VII y ss.); quien en interpretación latina se llama rey de justicia, rey de paz.

46. ¿No reconoces quién es este? ¿Puede un hombre ser rey de justicia, cuando apenas puede ser justo? ¿Puede ser rey de paz, cuando apenas puede ser pacífico? Sin madre según la divinidad; porque fue engendrado de Dios Padre, de una sola sustancia con el Padre: sin padre según la encarnación, que nació de la Virgen: sin principio ni fin, porque Él es el principio y el fin de todo, el primero y el último. Por tanto, el sacramento que has recibido no es un don humano, sino divino, ofrecido por aquel que bendijo al padre de la fe, Abraham, cuya gracia y obras admiras.

47. Se ha demostrado que los sacramentos de la Iglesia son más antiguos, ahora reconoce que son más excelentes. En verdad (De Consec. dist. 2, c. Revera) es maravilloso que Dios hiciera llover maná a los padres, y que se alimentaran diariamente con el alimento del cielo. Por eso se dijo: "El hombre comió el pan de los ángeles" (Sal. LXXVII, 25). Pero sin embargo, el pan que comieron, todos murieron en el desierto: pero este alimento que recibes, este pan vivo que descendió del cielo, suministra la sustancia de la vida eterna; y quienquiera que lo coma, no morirá eternamente: y es el cuerpo de Cristo.

48. Considera ahora (De Consec. dist. 2, c. Revera, § Considera) si es más excelente el pan de los ángeles, o la carne de Cristo, que ciertamente es el cuerpo de vida. Aquel maná es del cielo, este es sobre el cielo; aquel es del cielo, este es del Señor de los cielos: aquel es susceptible de corrupción, si se guardaba para el día siguiente; este es ajeno a toda corrupción, 338 que quienquiera que lo pruebe religiosamente, no podrá sentir corrupción. A ellos el agua fluyó de la roca (Éxodo XVII, 6), a ti la sangre de Cristo (Juan VI, 55 y ss.): a ellos el agua los sació por un momento, a ti la sangre te lava eternamente. El judío bebe y tiene sed: tú, cuando bebas, no podrás tener sed: y aquello es en sombra, esto es en verdad.

49. Si aquello que admiras es sombra; ¡cuánto más es esto, cuya sombra también admiras! Escucha que es sombra lo que se hizo entre los padres: "Bebían", dice, "de la roca que los seguía: y la roca era Cristo. Pero en muchos de ellos no se complació Dios; pues fueron postrados en el desierto" (I Cor. X, 4, 5). Estas cosas se hicieron en figura nuestra. Has conocido lo más excelente; porque la luz es mejor que la sombra, la verdad que la figura, el cuerpo del autor que el maná del cielo.

## CAPÍTULO IX.

Para que nadie, impresionado por la apariencia externa, vacile en la fe, se presentan numerosos ejemplos que demuestran que la naturaleza ha sido cambiada o vencida, para probar que del pan se hace la verdadera carne de Cristo. Finalmente, se proponen figurativamente algunos aspectos relacionados con sus efectos, las disposiciones de los que participan y similares, concluyendo el tratado.

50. Tal vez digas: Veo otra cosa, ¿cómo me aseguras que recibo el cuerpo de Cristo? Y esto aún nos queda por probar. ¡Cuántos ejemplos utilizamos! Probemos que no es lo que la naturaleza formó, sino lo que la bendición consagró: y que la bendición tiene más poder que la naturaleza; porque por la bendición incluso la misma naturaleza se transforma.

51. Moisés sostenía una vara, la arrojó, y se convirtió en serpiente (Éxodo IV, 3, 4). Nuevamente tomó la cola de la serpiente, y volvió a la naturaleza de vara. ¿Ves, pues, que por la gracia profética la naturaleza fue cambiada dos veces, tanto de la serpiente como de la vara? Los ríos de Egipto corrían con puro caudal de agua, de repente de las fuentes comenzó a brotar sangre; y no había bebida en los ríos (Éxodo VII, 20 y ss.). Nuevamente, por la oración del profeta, cesó la sangre de los ríos, y la naturaleza del agua regresó. El pueblo hebreo estaba rodeado por todas partes, por un lado cercado por los egipcios, por otro lado cerrado por el mar: Moisés levantó la vara, el agua se separó, y se congeló en forma de muros, y apareció un camino peatonal entre las olas (Éxodo XIV, 21 y ss.). El Jordán se volvió hacia atrás contra su naturaleza y regresó al origen de su fuente (Jos. III, 16). ¿No está claro que la naturaleza de las olas marítimas o del curso fluvial ha sido cambiada? El pueblo de los padres tenía sed, Moisés tocó la roca, y el agua fluyó de la roca. ¿Acaso no operó la gracia contra la naturaleza, para que la roca vomitara agua, que no tenía por naturaleza? El río Merrha era amarguísimo, de modo que el pueblo sediento no podía beber. Moisés arrojó un madero al agua, y la naturaleza de las aguas dejó su amargura (Éxodo XV, 23 y ss.), que la gracia infundida de repente templó. Bajo el profeta Eliseo, a uno de los hijos de los profetas se le cayó el hierro del hacha, y de inmediato se hundió. Rogó a Eliseo, quien había perdido el hierro: Eliseo también arrojó un madero al agua, y el hierro flotó (IV Reyes VI, 6). Sin duda, reconocemos que esto también se hizo contra la naturaleza; pues la especie del hierro es más pesada que el líquido de las aguas.

52. Advertimos, pues, que la gracia es de mayor virtud que la naturaleza, ¿y aún enumeramos la gracia de la bendición profética? Si tanto pudo la bendición humana, que cambió la naturaleza (III Reyes XVIII, 38); ¿qué diremos de la misma consagración divina, donde las mismas palabras del Señor Salvador operan? Pues este sacramento que recibes, se realiza por la palabra de Cristo. Si tanto pudo la palabra de Elías, que hizo descender fuego del cielo: ¿no podrá la palabra de Cristo, que cambie las especies de los elementos? Has leído sobre las obras de todo el mundo: "Porque Él dijo, y fueron hechas: Él mandó, y fueron creadas" (Sal. CXLVIII, 5. De Consec., dist. 2, c. In quibus, § Cujus clare); por tanto, ¿el sermón de Cristo que pudo hacer de la nada lo que no era, no puede cambiar lo que es en lo que no era? No es menos dar nuevas cosas a las cosas, que cambiar las naturalezas.

53. Pero, ¿por qué usamos argumentos? Usemos sus propios ejemplos, y con el ejemplo de la encarnación afirmemos la verdad del misterio. ¿Acaso precedió el uso de la naturaleza, cuando Jesús el Señor nació de María? Si buscamos el orden, el hombre y la mujer mezclados suelen engendrar. Está claro, pues, que la Virgen engendró fuera del orden de la naturaleza. Y este cuerpo que realizamos, es de la Virgen: ¿qué buscas aquí el orden de la naturaleza en el cuerpo de Cristo, cuando fuera de la naturaleza el mismo Señor Jesús fue engendrado de la Virgen? Verdadera carne de Cristo, que fue crucificada, que fue sepultada: por tanto, verdaderamente es el sacramento de esa carne.

54. El mismo Señor Jesús clama: "Esto es mi cuerpo" (Mat. XXVI, 26). Antes de la bendición de las palabras celestiales se nombra otra especie, después de la consagración se significa el cuerpo (De Consec. dist. 10, § Haec et his). Él mismo dice su sangre. Antes de la consagración se dice otra cosa, después de la consagración se llama sangre. Y tú dices: Amén, esto es, es verdad. Lo que la boca habla, que la mente interna lo confiese: lo que el discurso suena, que el afecto lo sienta.

55. Con estos sacramentos Cristo alimenta a su Iglesia, con los cuales se fortalece la sustancia del alma: y con razón viendo su progreso en la gracia, le dice: "¡Cuán hermosos se han hecho tus pechos, hermana mía esposa! ¡Cuán hermosos se han hecho por el vino: y el olor de tus vestiduras sobre todos los aromas! Panal destilante son tus labios, oh esposa, miel y leche bajo tu lengua, y el olor de tus vestiduras como el olor del Líbano. Huerto cerrado, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada" (Cant. IV, 10 y ss.). Con lo cual significa que el misterio debe permanecer sellado en ti, para que no sea violado por las obras de una mala vida, ni por el adulterio de la castidad, para que no se divulgue a quienes no conviene, para que no se disperse con locuacidad habladora entre los infieles. Por tanto, debe ser buena la custodia de tu fe, para que la integridad de la vida y el silencio permanezcan inmaculados.

56. Por eso la Iglesia, manteniendo la altura de los misterios celestiales, rechaza de sí las más graves tormentas del viento, e invita la suavidad de la gracia floreciente: y sabiendo que su huerto no puede desagradar a Cristo, llama al mismo Esposo diciendo: "Levántate, aquilón, y ven, austro: sopla en mi huerto, y fluyan mis ungüentos" (Ibid., 16). Descienda mi hermano a su huerto, y coma el fruto de sus manzanas (Cant. V, 1). Pues tiene buenos árboles y fructíferos, que han teñido sus raíces en el riego de la fuente sagrada, y han brotado en buenos frutos con el germen de nueva fecundidad; para que ya no sean cortados por el hacha profética, sino que sean fecundados por la abundancia evangélica (Mat. III, 10).

57. Finalmente, deleitado también el Señor con su fertilidad, responde: "He entrado en mi huerto, hermana mía Esposa: he vendimiado mi mirra con mis ungüentos, he comido mi comida con mi miel, he bebido mi bebida con mi leche" (Cant. V, 1). ¿Por qué dijo comida y

bebida, fiel entiende. Sin duda, no es dudoso que en nosotros mismo come y bebe, como has leído que en la cárcel se dice que está (Mat. XXV, 36).

58. Por eso la Iglesia, viendo tanta gracia, exhorta a sus hijos, exhorta a sus prójimos, para que acudan a los sacramentos, diciendo: "Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, hermanos míos" (Cant. V, 1). ¿Qué comamos, qué bebamos, en otro lugar el Espíritu Santo te lo ha expresado por el Profeta diciendo: "Gustad y ved que el Señor es bueno: bienaventurado el hombre que confía en Él" (Sal. XXXIII, 9). En ese sacramento (De Consec. dist. 2, cap., In illo sacram.) está Cristo; porque es el cuerpo de Cristo: por tanto, no es comida corporal, sino espiritual. Por eso también el Apóstol dice de su tipo: "Porque nuestros padres comieron alimento espiritual, y bebieron bebida espiritual" (I Cor. X, 3); pues el cuerpo de Dios es cuerpo espiritual: el cuerpo de Cristo es cuerpo del Espíritu divino; porque el Espíritu es Cristo, como leemos: "El Espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor" (Lament. IV, 20). Y en la Epístola de Pedro tenemos: "Cristo murió por nosotros" (I Pet. II, 21). Finalmente, este alimento confirma nuestro corazón, y esta bebida alegra el corazón del hombre, como el Profeta recordó (Sal. CIII, 15).

59. Por eso, habiendo obtenido todo, sepamos que hemos sido regenerados: y no digamos, ¿cómo hemos sido regenerados? ¿Acaso hemos entrado en el vientre de nuestra madre, y hemos renacido? No reconozco el uso de la naturaleza. Pero aquí no hay orden de la naturaleza, donde está la excelencia de la gracia. Finalmente, no siempre el uso de la naturaleza hace la generación: confesamos a Cristo el Señor nacido de la Virgen, y negamos el orden de la naturaleza. Pues María no concibió de un hombre: sino que del Espíritu Santo recibió en su vientre, como dice Mateo: "Porque se halló encinta del Espíritu Santo" (Mat. I, 18). Si, pues, el Espíritu Santo sobrevino a la Virgen, operó la concepción, y cumplió el don de la generación: no debe dudarse que sobreviniendo en la fuente, o sobre aquellos que reciben el bautismo, opera la verdad de la regeneración.